

COMPENDIO DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Nº 62 ¿Qué enseña la Sagrada Escritura sobre la Creación del mundo visible?

Monseñor José Ignacio Munilla

(Transcripción aproximada del audio)

Número 62 del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica:

¿Qué enseña la Sagrada Escritura sobre la Creación del mundo visible? (337-344)

A través del relato de los “seis días” de la Creación, la Sagrada Escritura nos da a conocer el valor de todo lo creado y su finalidad de alabanza a Dios y de servicio al hombre. Todas las cosas deben su propia existencia a Dios, de quien reciben la propia bondad y perfección, sus leyes y lugar en el universo.

Se subraya en este punto 62, la dignidad de la creación como criatura de Dios. Es muy importante que nosotros tengamos capacidad de admiración, capacidad de maravillarnos, capacidad contemplativa ante la maravilla de la creación. No es bueno que estemos rodeados de maravillas sin conmovernos. La creación es un cántico a su Creador, y es eso lo primero que nos enseña la creación, nos enseña a referirnos a su Creador. Su finalidad es la alabanza, el mundo ha sido creado para que alabemos a Dios. En la Sagrada Escritura, por ejemplo el cántico de Daniel: *“Criaturas todas del Señor, bendecid al Señor ensalzadlo con himnos por los siglos. Sol y luna, bendecid al Señor; astros del cielo bendecid al Señor. Lluvia y rocío, bendecid al Señor”*.

También, en la tradición de la Iglesia, santos como San Francisco, en el conocido cántico de las criaturas dice: *“Loado seas por toda criatura mi Señor... por la hermana luna... por la hermana agua preciosa en su candor, que es útil, casta, humilde. Loado seas mi Señor”*. Las criaturas alaban al Señor. Obviamente, eso de decir *“las criaturas alaban al Señor”*, es una manera de expresarse. Propiamente el que alaba a Dios no son las criaturas, es el hombre, sólo él tiene esa capacidad de alabanza, alaba a Dios sirviéndose de las criaturas. Las criaturas evocan, suscitan en el hombre la alabanza a Dios, aunque metafóricamente digamos que es la creación la que alaba a Dios, pero es el hombre el que está llamado a alabar a Dios, sintiéndose interpelado por esa creación. Digamos que las criaturas son, si se me permite una metáfora, como las arpas, como los violines, los platillos, los tambores, de los que el músico se sirve para alabar a Dios. Esta es una primera afirmación de que la finalidad de la creación es la alabanza y el servicio al hombre.

Existe, hoy en día, una cierta sensibilidad ecológica que a veces está bien enraizada en esta concepción cristiana a la que me refiero. Pero otras veces hay un cierto ecologismo ideológico que está como haciendo del propio equilibrio ecológico una especie de fin, en sí mismo, una especie de endiosamiento de la naturaleza, haciendo un fin de lo que en sí no es un fin, de lo que es un medio para alabar a Dios y para servir a los hombres. Aquí hay que hacer un delicado discernimiento que hace la encíclica *Laudato si*, del santo Padre; un

delicado discernimiento entre lo que es verdaderamente un ecologismo, un respeto a la casa común que tiene esta conciencia de diferenciación entre las criaturas y el Creador, pero que al mismo tiempo tenemos una responsabilidad hacia ese respeto a la naturaleza. Dicho de otro modo, no son las criaturas las que tienen derechos, los animales no tienen derechos, las plantas no tienen derechos, sin embargo tenemos deberes hacia el respeto de la creación.

Cuando no existe una concepción antropológica equilibrada, hay un ecologismo radical ideologizado que habla de los derechos de la naturaleza, de los derechos de los animales, obviamente desenfocando las cosas. Lo cual no quiere decir, como he dicho antes, que nosotros sí tenemos unos derechos y deberes del respeto de ese ecosistema y de ese reconocimiento de la interdependencia que existe en el conjunto de la creación. Hay una gran sinfonía en ese equilibrio del ecosistema, sabiendo que esa sinfonía está al servicio del hombre, pero un servicio que a su vez tiene que ser pensado no como una categoría egoísta de mi interés particular, sino al servicio del bien común.

En definitiva, la creación ha sido pensada por Dios como el lugar de la realización del hombre, como el lugar en el que el hombre alaba a Dios. Es el coro en el que el hombre se constituye en adorador de Dios y al mismo tiempo ha pensado en esa creación como el contexto en el que el hombre es servido, pone las criaturas a su servicio y al mismo tiempo él descubre su vocación al respeto de la naturaleza, desde la perspectiva del bien común de todas las generaciones.